Érase una vez un niño pequeño que vivía en una ciudad pequeña. Me parece que no fue hace mucho tiempo. Ni muy lejos de aquí. Y que el niño en realidad no era tan pequeño. Pero aún no sabía leer ni escribir.

Mucha gente en aquella pequeña ciudad no sabía, incluso gente mucho mayor y más vieja que él.

La ciudad era antigua y estaba a la orilla del mar. Tenía calles estrechas, bonitas iglesias y plazuelas. Tenía recuerdos de un tiempo de mucha riqueza. Tenía fuertes que ya no servían para nada, pero que antiguamente

se habían usado para defender la ciudad del ataque de los piratas. Tenía casas coloniales de dos pisos, con jardines en patios interiores y terrazas llenas de macetas con flores. Y en algunos lugares, aquellas terrazas en el segundo piso eran grandes, estaban sobre unos arcos que se apoyaban en las aceras alrededor de las plazas y paseos. Una de esas plazas se llamaba "Plaza de los Escribidores".

Allí, debajo de las arcadas, estaban los bancos de trabajo de los hombres que se encargaban de escribir todas las cosas importantes que las personas de aquella ciudad necesitaban escribir y no sabían cómo: cartas, mensajes, documentos.

Algunos escribidores apoyaban la máquina de escribir encima de mesas pequeñas, escritorios o incluso cajones.

Otros aún estaban empezando en la profesión —escribían a mano— y cobraban más barato. Pero todos pasaban el día allí, sentados alrededor de la plaza, conversando y esperando clientes.

Esta es la historia de dos clientes de los escribidores. Un niño llamado Pepe y su abuelo José.

Vivían en la misma casa, con el resto de la familia, cuatro niños más y los padres del niño. Su madre, Teresa, era hija del abuelo José.

Todos los días, muy temprano, los padres salían a trabajar. Los hermanos mayores iban a la escuela. Pepe se quedaba con el abuelo. Ya tenía edad para ir al colegio, pero no quería. Prefería quedarse jugando y casi siempre faltaba a clase. Decía que tenía que acompañar al viejo y los padres acababan por dejarlo.

El viejo José había sido un excelente jardinero. Ahora estaba cansado, aunque todavía hacía pequeños trabajos con las plantas en las casas de la vecindad. Y muchas veces se llevaba al nieto con él, de ayudante.

Los dos eran muy amigos, aunque reñían bastante. Eran muy parecidos: tercos, provocadores. Discutían por cualquier cosa:

—Escarda esa jardinera. Con cuidado, ¿eh…? No dejes ni una mala hierba…

—Ay, abuelo, no me gusta escardar. ¿Por qué no hacemos esto: tú quitas las malas hierbas y yo riego?

—Nada de eso. Lo vas a encharcar todo. Tú siempre echas demasiada agua, ahogas las plantas…

—Y tú siempre llevas la regadera medio vacía, porque no puedes cargar con el peso. Las plantas se van a morir de sed, ¿no lo ves? Deja que lo haga yo.

—¿Me estás diciendo que no tengo fuerzas? ¿Que estoy viejo y ya no sirvo para nada?

—Es que no tienes fuerzas… Sólo estoy diciendo la verdad… No te vas a enfadar ahora por una tontería.

—Eres un malcriado, eso es lo que pasa. Se lo voy a contar a tu padre para que te castigue, vas a ver. Como no te disculpes, cuando llegue, ja, ja, le voy a contar lo que haces durante todo el día.

El niño no quería que lo castigaran. Pero no iba a disculparse. Se quedó callado, rumiando la rabia. El abuelo seguía rezongando:

—Todos los días lo mismo. No tiene ningún respeto. Nunca he visto que un niño de su edad diga esas cosas a un viejo. En mis tiempos esto no pasaba... Eres un maleducado. Como me vuelvas a decir algo así vas a ver...

Furioso, Pepe salió de casa. Dio un portazo, pero eso no le alivió la rabia. No podía contestar al abuelo si no quería que lo castigaran. Aunque ganas no le faltaban. Si supiera... era la ocasión de decirle cuatro cosas, pero sin hablar.

Le escribiría al viejo una carta bien maleducada. Pero no sabía. Y no tenía ganas de ir a la escuela para aprender.

Echó a andar por la calle. Insultó por lo bajo. Dio una patada a una lata vacía que estaba en el suelo, pero la rabia no se le pasó.